

Thomas W. Laqueur

SEXO SOLITARIO

UNA HISTORIA CULTURAL DE LA MASTURBACIÓN

I. El comienzo

La masturbación moderna puede fecharse con una precisión rara en la historia de la cultura. Nació el mismo año que ese salvaje y profundamente autoconsciente ejemplar de “nuestra” naturaleza humana, Jean-Jacques Rousseau, o en una fecha muy cercana. Llegó en la misma década que las primeras novelas de Daniel Defoe y la primera crisis de mercado. (Los lectores recordarán las repetidas bromas -novedosas para la época- en el primer capítulo de *Los viajes de Gulliver*, que Swift comenzó en 1719: “Mr. Bates, mi amo”; “mi buen amo Bates”.) Es una criatura del Iluminismo.

La masturbación moderna es profana. No sólo consiste en algo que supuestamente convierte a quienes la practican en seres exhaustos, enfermos, locos o ciegos, sino que también es un acto con serias implicaciones éticas. Es esa parte de la vida sexual humana en la que el placer potencialmente ilimitado encuentra su censura social donde el hábito y la promesa de una “última vez” luchan contra los dictados de la conciencia y la sensatez; donde la fantasía silencia -aunque sea por un momento- el principio de realidad y donde el yo autónomo escapa del páramo erótico del aquí y ahora hacia un mundo lujurioso que él mismo ha creado, y queda suspendido entre la abyección y la satisfacción.

En algún momento entre 1708 y 1716 -“en 1712, o alrededor de esa fecha”-, el entonces anónimo autor de un breve tratado de extenso título no sólo nombró sino que realmente inventó una nueva enfermedad y un mecanismo novedoso, altamente específico, cabalmente moderno; un modo casi universal de generar culpa, vergüenza y angustia. Su título: *Onania; or, The Heinous Sin of Self Pollution, and all its Frightful Consequences, in both SEXES Considered, with Spiritual and Physical Advice to those who have already injured themselves by this abominable practice. And seasonable Admonition to the Youth of the nation of Both SEXES...*[Onania; o, El atroz pecado de la autopolución y

* En inglés: *Mister Bates* o *Master Bates*, en homofonía con el verbo *masturbate*. [N. del T.]

sus terribles consecuencias, indagado en ambos *SEXOS*, con consejos espirituales y físicos para aquellos que se han dañado con esta abominable práctica. Y una provechosa admonición a la juventud de la nación de ambos *SEXOS*...] El autor denuncia que existe “una ofensa tan frecuente y tan flagrante” que no alcanza a ser explicada por las usuales fuentes de corrupción moral: “libros enfermizos, malas compañías, historias amorosas, discursos lascivos y otras Provocaciones a la Lujuria y al Desenfreno [*sic*]”. Cualesquiera sean sus causas inmediatas, ese pecado tiene tan amplia difusión porque quienes lo practican ignoran que están haciendo algo incorrecto, pues lo que hacen parece libre de las habituales objeciones de la conciencia y de la comunidad, y además no parece tener consecuencias dañinas para la salud.

Por ende, la ignorancia tiene mucho que ver con esto. Merced al “desenfreno” o sólo por hallarse “apesadumbrados y solos”, o bien por indicaciones de los íntimos, los jóvenes aprenden a abusar de sí mismos sin enterarse de cuán incorrecto y peligroso es eso. El secreto motiva esa ignorancia: “Las restantes acciones sucias deben tener un testigo, ésta no necesita testigo alguno”. Promete a sus víctimas librarlas de vergüenza, culpa y restricciones derivadas de las convenciones sociales: los muchachos tímidos que son demasiado delicados como para acercarse a una muchacha pueden hallar de todas formas satisfacción para sí; las chicas pueden usarla para “combatir fuertes deseos” y rechazar encuentros desagradables sin “revelar a nadie su debilidad”. Y, por último, se supone que el acto es impune: ninguna condena a muerte, como hubiera sucedido con la sodomía; ninguna sanción criminal o social, como las suscitadas por la fornicación o el adulterio; ninguna consecuencia punitiva de ningún tipo. O eso es lo que piensan, con gran riesgo para sí, los masturbadores. No puede existir otro modo de explicar la existencia de un pecado tan terrible, endémico pero ampliamente minimizado como el de la autopolución voluntaria.

Para mayor precisión, el problema que había sido tan ampliamente ignorado, pero que habría de ocupar un gran lugar en la comprensión moderna de Occidente respecto del yo y la sexualidad, era el siguiente:

Esa Práctica antinatural por la cual personas de ambos sexos pueden corromper sus propios cuerpos sin la Asistencia de otros. Mientras se abandonan a la sucia imaginación, se esfuerzan por imitar y procurarse aquella Sensación que, según Dios dispuso, ha de acompañar al Comercio Carnal entre ambos sexos para la Continuidad de nuestra Especie.

El universo de potenciales perpetradores es más bien ilimitado: “ambos sexos”, a solas, sin ayuda externa. A diferencia de la sodomía, la polución nocturna y una multitud de otras ofensas, hombres y mujeres

estaban en idénticas condiciones para cometer esa infracción, igual y moralmente propensos. Era la más democrática y la más lujuriosamente accesible de las prácticas antinaturales. Alcanzaba con que los pecadores se abandonaran a la “sucias imaginación” para lograr “imitar y procurarse” las sensaciones del orgasmo. Esa práctica artificiosa, que en otro tiempo había significado tan poco, habría de representar durante los próximos tres siglos las profundidades psíquicas de muchachos y muchachas, hombres y mujeres; del mismo modo señalaría un peligro para sus relaciones con los familiares, los amantes y, en términos más generales, con el orden social.

El autor anónimo, que, como descubriremos pronto, fue un cirujano de prestigio que escribió pornografía médica *soft*, inventa la brillante, casi completamente original y notablemente exitosa asociación entre el “entusiasta autoabuso” y la historia del Génesis sobre Onán, aquel que preferiría sembrar su semilla en la tierra antes que fecundar a la mujer de su hermano muerto y morir castigado por eso. Nació el onanismo. El nuevo pecado, sugiere nuestro autor, tiene las mismas terribles consecuencias que el del Antiguo Testamento: la muerte. En este caso, no por la mano de Dios sino por la de la naturaleza, que, afectada, debilitará al pecador. En cierto sentido, *Onania* y todo lo que le siguió es un único y extenso esfuerzo por sustentar el planteo posterior de Freud de que es fácil cometer un crimen pero difícil borrar sus huellas; que tanto el secreto como la impunidad son ilusorios.

Situar al texto -alrededor de 1712- en la historia de la sexualidad y el autocontrol es, en cierta medida, un ejercicio de la historia de la medicina. Nuestro autor sostiene que primero pensó en ofrecer remedios religiosos. Pero mostró su obra a un piadoso médico, quien le habló acerca del problema de la gente que sufre por causa de un pecado secreto y le dijo que no había ayuda disponible para ellos. Este supuesto encuentro cambió la historia. El médico piadoso -anónimo como el autor- “me recomendó [dice el narrador, que se identifica con el autor] dos remedios de gran eficacia”. El primero cura sudoraciones y gonorreas (descargas) de todo tipo, en hombres y mujeres, que no son resultado de enfermedades venéreas -*fluor albus* (un flujo vaginal blanco), efusiones nocturnas, emisiones seminales en el momento de la orina o de la defecación-; el otro cura la infertilidad y la impotencia, causadas o no por enfermedades venéreas.

Consultado por sus nombres, el editor Mr. Varenne -una tercera voz- aconseja: la “Tintura vigorizante” y el “Polvo prolífico”. Y hay más recomendaciones: la “Tintura vigorizante” funciona mejor junto con el “Cocimiento” y la “Inyección”, por ejemplo. La medicina parece apoderarse de la moral. El autor/narrador se distancia, en la práctica, del mercadeo terapéutico de *Onania* contando a sus lectores que fue el médico -no él- quien de su propio bolsillo empezó a imprimir ediciones

del tratado -dos mil cada vez- y que, desde entonces, “administró los remedios con el mayor beneficio y éxito del mundo”.¹

Llamativamente, ese desvergonzado esfuerzo por inventar una nueva enfermedad y al mismo tiempo ofrecer su cura a un precio exorbitante se volvió el texto fundacional de una tradición médica que se convertiría en uno de los pilares de la medicina del Iluminismo y que ayudó a crear la sexualidad moderna. Gran cantidad de conferencias, cientos de artículos, entradas en enciclopedias, tratados didácticos y varios copiosos tomos habrían de encontrar su origen en 1712. Casi doscientos años después, cuando muchos empezaron a dudar de que la masturbación causara serios daños físicos, un célebre doctor francés encontró casi cien situaciones que eran signos o consecuencias del autoabuso.²

¹ En la p. 63 de la 4ª ed. y en las pp. 70 y 71 de la 17ª ed. Cito estas dos ediciones porque la cuarta es la edición más temprana accesible en cualquier biblioteca inglesa o estadounidense: *Onania; or, the heinous sin of self-pollution, and all its frightful consequences, in both sexes, considered, with spiritual and physical advice...*, Londres, impreso por el autor y vendido por N. Crouch, P. Varenne y J. Isted, ¿1718? La fecha no es muy confiable. Algunos catálogos de bibliotecas dan 1725 como fecha para la cuarta edición, mientras que otras fechan a la quinta tan temprano como 1720. Analizo la historia de su publicación y las fechas de las distintas ediciones en las páginas 27-34, 216 y n. 132. Sospecho que 1718 es una conjetura bastante aproximada. Cito la 17ª edición porque es la que se hallaba en la biblioteca del distinguido doctor suizo S. A. D. Tissot, quien, a través de su obra, la incluyó en la *Encyclopédie. Onania: or, the heinous sin of self-pollution, and all its frightful consequences (in both sexes) considered...*, Londres, impreso y vendido por G. Corbett, 1752. En el resto de este libro he citado los números de página de una reimpresión más fácilmente accesible tanto de *Onania*, 8ª ed., Londres, impresa por E. Rumball para T. Crouch, 1723, como de su *Supplement*, Londres, impreso por T. Crouch, realizada por Garland Press (Nueva York, Garland, 1986).

Si nos basamos sobre lo que sabemos de las tiradas, dos mil copias es una cifra bastante aproximada para el siglo XVIII. No es fácil descubrir aquí al verdadero autor. Para que quede claro, las secciones dedicadas a los peligros de la masturbación están separadas de las recomendaciones médicas, lo que sugiere una alianza entre el autor y el médico; pero el autor dice -sin mencionar a nadie más- que responderá consultas respecto de casos complicados si los pacientes pasan por algunas librerías específicas y dejan su historia y su pago allí. También habría de responder por correo con el pago de un honorario. Esto concuerda con mi opinión de que el autor de *Onania* es el cirujano y pornógrafo John Marten. Véase más adelante, pp. 35 y 36.

² El lugar de la incorporación de la masturbación por parte de los médicos en la construcción de la sexualidad moderna ha sido muy famosamente identificado por Michel Foucault en *The History of Sexuality*, trad. ing. de Robert Hurley, Nueva York, Pantheon Books, 1978 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, México, Siglo XXI, 1977], cuyo primer volumen es el que trata más ampliamente el tema. Doctor Pouillet, *Essai médico-philosophique sur les formes, les causes, les signes, les conséquences et le traitement de l'onanisme chez la femme*, París, Adrien Delahaye, 1876; pese a referirse específicamente a la masturbación femenina, el libro describe varias patologías que afectan también a los hombres.

Pero la historia de la medicina sólo cuenta una parte del relato. Mucho antes y mucho después de 1712, se consideraba que el cuerpo sufría a consecuencia de las malas conductas. La medicina siempre fue algo semejante a una guía moral, una suerte de ética de la carne. Ese papel aumentó considerablemente en el siglo XVIII, cuando, al menos en los círculos progresistas, las normas morales comienzan a fundarse en la naturaleza, y son enseñadas más en las escuelas, el mundo de los médicos y de los pedagogos, y menos a través de la autoridad divina y las prédicas de la Iglesia, la esfera de curas y pastores. En ese contexto, no es sorprendente que las angustias culturales fueran transformadas en enfermedades; por ejemplo, enfermedades de la civilización, causadas por una variedad de cosas malas: demasiado lujo; demasiada actividad mental y poco ejercicio; demasiada afición o demasiada lectura de novelas, que afecta al cuerpo o sus nervios; o enfermedades que provienen de la excesiva actividad sexual. Pero el exceso de sexo, para tomar el último ejemplo, fue reconocido como problema médico desde la Antigüedad. En consecuencia, la principal pregunta no es por qué en algún momento alrededor de 1712 la masturbación comenzó a ser considerada un problema médico o por qué alrededor de 1920 dejó de ser pensada como una enfermedad. Más inquietante es por qué el sexo solitario en especial se convirtió en un problema moral tan perturbador precisamente en la época en que el placer sexual está disfrutando de la mayor aprobación secular. El problema consiste en explicar una transformación ética de considerable magnitud y de enorme poder en la que las enfermedades masturbatorias no fueron sino una de sus probables manifestaciones.

De hecho, la masturbación siguió siendo una gravosa cuestión moral sobre la que se pensó mucho en el campo de la sexualidad humana -en realidad, un componente crítico de lo que llegó a ser comprendido como "sexualidad"- mucho después de que dejó de ser vista como una causa de real daño físico. Sigue siendo así hoy, aunque sus más virulentos opositores ya no plantean que causa ceguera, locura u otras enfermedades corporales. La pasión moral y el peligro médico crecieron juntos: este último como expresión de la primera. Pero cuando la amenaza del daño físico dejó de ser convincente, no cesó la preocupación por el sexo solitario, expresada por primera vez en 1712; muy por el contrario.

Por ejemplo, el cirujano de la reina Victoria, sir James Paget, escribió en 1879 que era mejor considerar las supuestas enfermedades resultantes del vicio solitario como una forma de "hipocondría sexual"; además, los médicos debían decir a sus pacientes -tanto adultos como adolescentes- que no era ni más ni menos dañina que "el intercambio sexual practicado con cierta frecuencia". Pero agregaba pesadumbre a su planteo: lamentaba no tener nada peor que decir de "una práctica tan desagradable, una impureza, vil, prohibida por Dios [y] despreciada por

los hombres". ¿Por qué, podríamos pensar, se destina esa hipérbole - "tan desagradable... prohibido por Dios... despreciado por los hombres"- a una práctica médicamente inocua?³ Freud y su círculo debatieron apasionadamente si el onanismo causaba daños físicos y si era genéricamente peligroso -el maestro tendía a ser chapado a la antigua en esos temas-; pero todos los padres fundadores del psicoanálisis y muchos de sus sucesores coincidieron en que era muy importante para comprender la historia del yo y de su lugar en el orden social. En 1995, la cirujana general de los Estados Unidos Jocelyn Elders fue despedida, ostensiblemente, por haber respondido con algo que se acercaba al "sí" a una pregunta que le hicieron en una conferencia de prensa: si se debía enseñar a los niños acerca de la masturbación en las clases de educación para la salud o de estudios sociales. En otras palabras, como un aspecto culturalmente importante de nuestra sexualidad, el onanismo ha sobrevivido fácilmente en su estatuto de enfermedad.

El problema más general es: ¿por qué en 1712 o alrededor de esa fecha (en los albores del Iluminismo) la masturbación pasó de un distante horizonte moral a un lugar preeminentemente ético? Durante milenios, se había disminuido su dimensión en pro de otros temas considerados mucho más importantes con relación a la ética del cuerpo en general y el cuerpo deseante en especial: la finalidad y la regulación del placer sexual dentro del matrimonio o la cuestión del amor por el mismo sexo, por ejemplo. Durante milenios, doctores, filósofos, rabinos, teólogos y sacerdotes que se dedicaban a la ética del sexo se concentraron en los hombres. Pero todo eso cambió en pocas décadas. Cuando el sexo con uno mismo se volvió una temática de las más serias reflexiones, los jóvenes -muchachos y muchachas-, y especialmente las mujeres, adquirieron reputación de prototípicos practicantes. No sólo en Europa, sino en cualquier sitio en que apareciera el tema del moderno deseo, se podía encontrar el problema y los novedosos atractivos de aquello que había permanecido mucho tiempo en silencio. La masturbación es la sexualidad de la modernidad y de la burguesía que la creó. Es la primera sexualidad verdaderamente democrática. ¿A qué atribuir entonces la regulación, por primera vez, de una forma de gratificación sexual considerada tan peligrosamente atractiva? ¿Por qué hombres y mujeres se mostraron tan preocupados, cuando antes, pese a que no se lo discutiera en absoluto, había sido

³ Sir James Paget, *Clinical Lectures and Essays*, 2ª ed., al cuidado de Howard Marsh, Londres, Longman, Green, 1879, pp. 291, 292 y 275-299 *passim*. La conferencia fue pronunciada en 1870 y ha quedado como el comienzo del fin de la patología masturbatoria. (Paget sigue siendo famoso hoy como el epónimo descubridor del mal de Paget, una displasia de los huesos.)

considerada como un problema relativamente marginal de los hombres adultos, y en especial de los monjes?

A partir de 1712 o alrededor de esa fecha, la trayectoria de este nuevo “problema y agonía de una conciencia herida”, como afirma *Onania*, ese “atroz pecado” (“crimen”, en ediciones posteriores) que es la autopolución” resulta clara y directa. El aumento de su importancia constituye uno de los episodios más particulares de movilidad intelectual creciente en los anales de la literatura: en poco más de cincuenta años, pasó de Grub Street a la *Encyclopédie*, el mayor compendio de las nociones producidas por el Iluminismo. Los hombres de la Iglesia y los sectores conservadores de la cultura no fueron responsables de ello: la masturbación moderna surgió de un nuevo mundo de moral secular; fue la zona oscura, el otro lado, de ese mismo mundo. El proyecto iluminista de liberación -la entrada en la adultez de la humanidad- hizo del acto más secreto, privado, aparentemente inofensivo y más difícil de detectar el eje de un programa para controlar la imaginación, el deseo y el yo liberados por la propia modernidad.

El momento crucial de mi historia se presenta alrededor de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, cuando el pecado cuya historia estamos trazando salió a la luz. Ésta es la época que inventó la noción de moralidad como autogobierno y que insistió en que todos los seres humanos compartíamos una capacidad moral común, además de las capacidades específicamente psicológicas que necesitábamos para ejercer nuestra libertad.⁴ En aquellos años se consolidó una cultura profundamente individualista: “Ésta valora la autonomía, da un lugar importante a la autoexploración; [...] y sus visiones de la buena vida generalmente implican el compromiso personal”. La fórmula es del filósofo Charles Taylor, y podemos usarla para nuestros propósitos. El individuo ha surgido libre de un mundo cultural respecto del cual no éramos autónomos ni nos autoexplorábamos de la misma manera, y en el cual la buena vida era algo por descubrir dentro de un orden de cosas y no dentro de cada uno de nosotros. En el mundo premoderno, en sentido lato, se suponía que lo que era correcto y bueno provenía de un orden providencial, de la autoridad de la religión, de la autoridad del Estado y, en términos más generales, de nuestra relación con una realidad metafísica que se hallaba más allá de nosotros. Cuando

⁴ Esta fórmula pertenece a J. B. Schneewind, *The Invention of Autonomy: A History of Modern Moral Philosophy*, Cambridge, UK, Cambridge University Press, 1998, pp. 6 y 9. Schneewind sostiene que Kant “inventó” el concepto de moralidad como autonomía. Pero en este caso sostengo que las teorías morales del Iluminismo generalmente traían sus consecuencias: un rechazo de la concepción, central para quienes consideraban la moral como obediencia, de que la capacidad para el juicio moral difería entre los seres humanos. Esto es importante para mi argumento: explica por qué la masturbación se convirtió por primera vez en un tema que, como otras cuestiones morales, se aplicaba ahora a las mujeres.

Aristóteles escribe que el hombre feliz debe vivir a gusto entre amigos y que “de mantenerse solitario, la vida será dura para él”, expresa una verdad acerca de la sociabilidad y la buena vida que está inscrita en una realidad más allá de los seres humanos y de sus particulares vínculos sociales. La naturaleza nos la provee como un modo predeterminado para el hombre. Es decir que, de una forma u otra, la relación individual con el cosmos estaba dada en un universo jerárquico, orgánico, en el cual la mayoría de la gente se imaginaba antes de finales del siglo XVII. Imaginar una conexión de ese tipo fue cada vez más difícil en Occidente a partir de fines de ese siglo. En ese sentido, el problema del individuo en sociedad es claramente moderno.⁵

Sin embargo, no hay una sola visión de ese “yo moderno”; toda esa idea está fuertemente discutida. Mi posición es, simplemente, que todos los personajes que abordo en este libro, los famosos y los desconocidos, están implicados en lo que esencialmente es el mismo problema: ¿cómo logrará el individuo autónomo negociar la relación consigo mismo y con los demás en un mundo sin polos fijos? O, dicho de otro modo, ellos están dedicados a la creación del tipo de disciplina interior que haga posible el individualismo y la libertad.

Dejo para los capítulos V y VI lo que motivó que la masturbación se haya vuelto tan central para la historia del yo en relación con la más amplia historia cultural de los últimos doscientos años, para la historia de los géneros y para la historia de la culpa, la angustia y la autonomía individual. Sin embargo, antes de dar una explicación, tengo otras historias que contar. En el próximo capítulo empezaré por bosquejar la expansión de la masturbación como una práctica sexual resonante en el ámbito cultural desde sus comienzos, al principio del siglo XVIII, hasta el presente. Ésta es la historia de cómo, con pavorosa adaptabilidad, *Onania* ocupó los nichos ecológicos disponibles primero en una nación, luego en un continente y finalmente en todo el mundo; cómo el vicio que proclamó logró ubicarse siempre entre los más espectacularmente exitosos, en cualquier parte. (También revelo, por primera vez, el nombre del autor de ese tratado tanto tiempo anónimo que dio comienzo a todo.)

Para el propósito de contar cómo la masturbación moderna conquistó el mundo de la sexualidad, asumo que comenzó, en realidad, en 1712 o alrededor de esa fecha. Pero, por supuesto, el acto no comenzó

⁵ Charles Taylor, *Sources of the Self: The Making of Modern Identity*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989, pp. 305 y 306 [trad. esp.: *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1994]. Este libro notablemente erudito y brillante me fue muy útil; por ende, citar apenas dos páginas es engañar al lector sobre su importancia en mis ideas acerca del problema del sujeto ético. *Nicomachean Ethics*, 1170a5 y el resto del libro IX, cap. 9, en *The Complete Works of Aristotle*, ed. por Jonathan Barnes, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 1849 y 1850 [trad. esp.: *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alborada, 1989].

entonces, ni fue ésa la fecha en que se empezó a hablar de él. El capítulo III narra la prehistoria de la masturbación, primero desde una perspectiva médica y luego, más *in extenso*, desde la perspectiva de la sexualidad y la ética: desde el propio Onán del Viejo Testamento -tal vez en absoluto un masturbador- y los posteriores comentarios judíos acerca de lo que pudo haber hecho mal, en toda la Antigüedad clásica y durante casi dos milenios de escritos y prédica cristiana sobre el tema, hasta las vísperas del Iluminismo. Comparado con lo que vino luego, el relato es relativamente poco sustancioso y algo fuera de foco; no se dijo mucho sobre el tema y, dicho rápidamente, derivó en otra dirección. Lo que también es importante es que éste fue casi completamente dirigido a los hombres adultos. Esta prehistoria es acerca de lo que no ocurrió. Se refiere al eclipse de una ética del sexo con uno mismo a favor de un pensamiento serio acerca de otras prácticas sexuales a través de las cuales se monitoreaba y regulaba la relación del hombre con lo social y con el orden divino. Por ende, el capítulo III resulta lo opuesto al resto del libro; si la masturbación representó tanto después del siglo XVIII es porque antes representó muy poco. Es realmente la sexualidad de la modernidad, probablemente el primer vicio democrático con igualdad de oportunidades.

La siguiente pregunta es: exactamente, ¿*qué* se tornó tan amenazante en la masturbación en los albores del Iluminismo? No es que se practicara más. Acaso haya sido así, o no; pero, en cualquier caso, no es algo que nosotros ni los contemporáneos pudiésemos saber. Nadie pensó en el siglo XVIII que ése fuera el problema. Tampoco la hostilidad hacia la masturbación era un aspecto de una hostilidad general hacia el placer sexual. Lejos de eso. La pérdida de simiente no era el nuevo problema. Era un tema muy menor de la antigua medicina, y no podía ser eso lo que perturbara tanto a la gente acerca de la masturbación de muchachos y muchachas, y especialmente de las mujeres, quienes nada producían en sus ejercicios orgásmicos más que fantasía y deseo. En resumen, la respuesta es que tres cosas parecen haber sido consideradas como el centro de los horrores del sexo con uno mismo: era algo secreto en un mundo en que la transparencia era el valor supremo; tendía al exceso como ninguna otra clase de práctica erótica (algo así como el *crack* de la sexualidad); y la realidad no era un límite, porque era una criatura de la imaginación.

Hacia el capítulo V estamos preparados para una explicación. Ya he adelantado que la historia de la masturbación es parte de la historia de cómo se creó y sustentó el sujeto moralmente autónomo de la modernidad. Específicamente, una explicación de las causas de que deviniera tan apremiante requiere comprender por qué sus elementos centrales -imaginación, exceso, soledad y privacidad- se volvieron tan problemáticos. La cultura moderna estimula el individualismo y la autodeterminación, y está amenazada por el solipsismo y la anomia;

supone que los individuos siempre desean más de lo que tienen y que imaginan más allá de lo real, mientras aprenden a moderar esos deseos y a limitar por sí mismos su imaginación. El principio de realidad no viene de otro mundo, ni siquiera directamente de éste, sino de nuestro interior. La masturbación es la sexualidad por excelencia del yo, el primer gran campo de batalla psíquico en esas pugnas.

El capítulo VI lleva la historia hasta el presente. Comienza con la reseña de una cada vez más densa tradición que se extendió desde comienzos del siglo XVIII hasta inicios del XX y se transformó por obra de la sexología y la psicología. La masturbación se volvió una etapa del desarrollo, y abandonarla en el momento apropiado, una marca de madurez, salud mental y adecuación a la sociedad. Freud es el maestro del nuevo modelo y se transformó en el centro del debate en la derecha y la izquierda.

La masturbación volvió a cambiar sus valencias durante los últimos cuarenta o cincuenta años del siglo XX. Comienza en la década de 1950 y se alimenta del feminismo de los años sesenta y comienzos de los setenta, con las consiguientes guerras sexuales, y con el movimiento mundial gay del último cuarto del siglo: se convertirá en un campo para la política sexual y para el arte en un amplio espectro de la sociedad. Las cualidades descontextualizadas, imaginativas, individualistas, definitivamente ahistóricas de la masturbación -ninguna forma de sexualidad se desentiende más del tiempo o está menos vinculada a la familia y a la herencia- que tanto perturbaron a los críticos del siglo XVIII subsistieron por un tiempo en la historia freudiana como una especie de sexualidad infantil que la gente normal superaba con los procesos de civilización. Ahora se ha convertido en una práctica de la autonomía individual y de energía sexual, un instrumento de libertad o, en la mente de algunos, en un signo de abyección y desesperación. El autoplacer oscila entre la utopía y su opuesto. Los sueños más románticos de Walt Whitman se codean con las más negras visiones de autosatisfacción, egocentrismo y anomia.

La historia de la masturbación transita entonces tres etapas, aunque las más tempranas nunca son dejadas atrás del todo. Rousseau y Freud viven en nosotros. Pero hay cambios. Con punto de partida en el siglo XVIII, el sexo solitario llegó a representar la relación entre el individuo y el mundo social, una suerte de encrucijada donde hombres y mujeres, muchachos y muchachas, si no se los controlaba o aconsejaba, podían equivocarse terriblemente y elegir la peor clase de soledad, la peor especie de compromiso consigo mismos. Un paso en falso que no llevaba tanto al pecado como a la enfermedad y la decadencia; fue un desvío secular. Luego llegó la revolución freudiana. Entonces, la masturbación fue menos una encrucijada en que perderse que una etapa por transitar del modo adecuado. Todos nosotros debemos batirnos en las luchas del autoerotismo para emerger con una

socialmente útil articulación del ego con sus energías sexuales. Por último, la masturbación se convirtió en una experiencia de autoestima o autoamor, una forma de autarquía personal que nos permite a todos entablar relaciones con los demás sin perdernos a nosotros mismos. Lo que los filósofos consideraron el camino más seguro a la ruina se volvió algo similar a un camino a la autorrealización, lo más cercano que existe hoy al cuidado helénico del yo, pero ahora no sólo accesible para los nobles libres sino, democráticamente, para todo el mundo. Ninguna de estas trayectorias es tan clara y directa, pero la complejidad puede esperar. Primero necesito adentrarme en el terreno, para mostrar *cómo* un oscuro vicio se convirtió en una superestrella sexual por más de tres siglos.